

tro, no es un azar que algunas de ellas —coincidentalmente las más atrevidas— nos dejen ciertas hesitaciones que pueden resultar fructíferas si son capaces de conducirnos a nuevos planteamientos de la cuestión.

MANFREDO KEMPF MERCADO.

*Bertrand Russell. NUEVAS ESPERANZAS PARA UN MUNDO EN TRANSFORMACIÓN.* Ed. Hermes, Buenos Aires, 1953, 246 pp.

En este crudo libro, el insigne filósofo inglés traza un cuadro dramático del momento que vive la humanidad en la hora actual. El problema de la crisis contemporánea ya ha merecido la atención de parte de pensadores de la talla de Scheler, Heidegger, Marcel y Ortega. Esto, en el plano filosófico, ya que en el social y político apenas si existen trabajos que no se desarrollen al hilo de la conciencia de dicho problema central. La sola lectura de los títulos en cualquier escaparate de librería nos advierte de la preeminencia que el motivo de la crisis —bien o mal entendida— se ha asegurado en la producción escrita. Y, descendiendo a otros niveles, hasta llegar al del periodismo, veremos el eco deformado que esta grave cuestión provoca al estereotiparse en sensacionales profecías sobre la proximidad de la catástrofe.

El libro de Russell se halla a cubierto de cualquier exceso proveniente de la fantasía. Y no por falta de ésta: Russell la tiene y sabe aprovecharla cuando nos transporta a los comienzos de la vida humana primitiva. Naturalmente que ésta no constituye la parte más valiosa de su trabajo. Más bien parece haber sido escrita para ofrecer un gran cuadro de conjunto del mundo, sobre el que después proyectará la sombra de las graves responsabilidades que pesan sobre las generaciones presentes.

La lectura de la obra, contra lo que se podría suponer, proviniendo de uno de los más afamados cultivadores de la lógica simbólica, no ofrece dificultad alguna a los no iniciados en este simbolismo que pretende reducir la filosofía a sus esquemas. Nada de eso; Russell, ni siquiera emplea el *pathos* filosófico que vanidosamente gustan lucir algunos profesores aun en tanto se ocupan de temas ajenos a la problemática filosófica. Consiguiendo, las citas en esta materia son escasas, y sólo aparecen en la medida en que con propiedad vienen a cuento. De ahí que el resultado sea un libro de un gran filósofo para los no filósofos. La autoridad del autor lo pone sí a salvo de que pueda ser confundido con divagaciones de tipo literario, pues en los tópicos que desarrolla encontramos la honddura y el rigor del hombre habituado a la meditación más severa.

La obra en cuestión es una advertencia lanzada contra los directores de la política mundial, y un análisis, desesperado a ratos, de la verdadera condición de la naturaleza humana. Los breves chispazos de optimismo que iluminan algunas de sus páginas no logran rasgar el denso velo de su visión apocalíptica del futuro. Pero no es este libro, como pudiera creerse de primeras, un émulo del sensacionalista compendio de Oswald Spengler, *El hombre y la técnica*, por más que ambos constituyan casos ejemplares de la literatura de postguerra. Spengler se limita a desarrollar una teoría sobre el hombre y la cultura, de tipo naturalista, hecha a su amaño y bajo la impresión de la derrota sufrida por la Alemania guerrera en 1918, derrota que interpreta como el comienzo del fin de la cultura fáustica. El filósofo inglés, aunque también se ocupa del hombre, considerado sí "como un solo ser con una sola biografía", se cuida de los arrebatos nacionalistas y racistas que Spengler recogiera de la negativa influencia de

Nietzsche. Por ello podemos decir que ambas obras representan dos actitudes no sólo distintas, sino antitéticas con respecto al problema humano.

El ideal de Russell, y hacia lo que desemboca su fe reticente, consiste en el equilibrio de una serie de factores que deberán ser controlados para lograr que la vida en el planeta no se vea cada día mayormente agravada. Entre estos factores tenemos algunos que se refieren a las relaciones del hombre con la naturaleza, contándose entre ellos el saqueo incontraído a que la industrialización moderna ha sometido al planeta. La reducción paulatina de las áreas cultivables y la desaparición de los bosques constituyen una amenaza para el futuro de la humanidad. En igual forma el aumento progresivo de los nacimientos y la disminución correlativa de la mortalidad debida a los progresos científicos. Sobre el problema del suelo, cuyo descuido provocó siglos atrás la devastación del Asia occidental y el Africa septentrional, y que hoy lo observamos en diversas zonas de nuestro hemisferio, sólo corresponde la implantación de una sabia política que ponga coto a esta orgía de la industria moderna. En lo que respecta al problema de la población, estudiado ya por Malthus siglo y medio atrás, no cabe otra solución que llegar a un acuerdo mundial sobre la regulación de los nacimientos. Infortunadamente, se oponen a esto no sólo los prejuicios religiosos, sino los intereses de las naciones que no siempre están en armonía con los intereses de la humanidad.

De los conflictos del hombre con la naturaleza, pasa Russell a ocuparse de aquellos que surgen de las relaciones de los hombres con sus semejantes y que encuentran su solución mediante la política y la guerra. Las esperanzas que lo animan sobre la superación de estos conflictos chocan no sólo con la índole humana sino con la idiosincrasia de los pueblos. La

cohesión nacional es fomentada en todas partes mediante artimañas y embaucamientos. La pretensión de que la propia nación es moralmente superior a las demás es algo que no admite excepciones. "Tener personalidad y ser alemán significan indudablemente la misma cosa", dice Fichte. Parece que la Rusia moderna ha llevado esto más lejos que nadie: "Nos enteramos de que Copérnico era ruso; de que no fue Vasco de Gama, sino un ruso, quien descubrió la ruta de la India por el Cabo de Buena Esperanza; de que la ley de gravitación fue descubierta, no por Newton, sino por un partidario de Iván el Terrible, y de que las ideas de Darwin procedían de fuentes rusas que fueron cuidadosamente ocultadas...". Piensa Russell que sobre estos asuntos la UNESCO debería pronunciarse, y su decisión ser enseñada en todas las escuelas del mundo siempre que los temas estuvieran contemplados en los programas de estudio. Asimismo, debería desterrarse de los colegios aquella historia estrecha y tendenciosamente nacionalista que hasta ahora ha imperado, para ser reemplazada por una historia mundial escrita con un criterio objetivo. A fin de asegurar la mayor imparcialidad posible, se encomendaría por ejemplo a los noruegos la redacción de las partes correspondientes a América del Sur, a los italianos la referente a los *Vikings*, y a los norteamericanos lo concerniente a la Italia medieval, etc.

El problema del antagonismo racial es estudiado por Russell con gran amplitud, viendo en el mismo el obstáculo más serio para llegar al establecimiento de un Gobierno mundial capaz de imponer la paz en el planeta. Dicho antagonismo ha llegado a adquirir contornos dramáticos en el caso de los negros y judíos. André Gide se volvió comunista a raíz de haber investigado lo que ocurría con los negros en el Congo francés, para después comprobar

que en Rusia se hacía otro tanto. Bajo el gobierno del rey Leopoldo II, y en un lapso de quince años, la población del Congo belga fue reducida de veinte millones a nueve millones, período durante el cual la Iglesia Católica le brindó todo su respaldo. En los Estados Unidos el comercio de esclavos sólo terminó con la Guerra Civil, pero aún hoy la población de color continúa sometida a las mayores crueldades e injusticias.

Con los judíos ha sucedido algo muy semejante desde la época del Imperio Romano. En ese tiempo la hostilidad no se debió a motivos económicos o raciales, sino religiosos. En la Edad Media se combinaron los motivos religiosos y económicos, para prevalecer estos últimos al lado de los raciales en nuestro tiempo. Los nazis exterminaron a cinco millones de judíos sin que tuviera que ver lo más mínimo la cuestión confesional. Los pueblos amarillos también han padecido las consecuencias de la segregación racial, sobre todo a manos de los ingleses.

Analizando las causas psicológicas del odio a los judíos que, *mutatis mutandis* puede dar la clave de otros odios raciales, Russell cree encontrar su raíz instintiva en el miedo a lo desconocido. Las palomas en cautiverio matan a las advenedizas, y las hormigas a las del hormiguero vecino. "Lo que es desconocido es incalculable y lo que es incalculable puede ser peligroso". A los ojos del antisemita los judíos constituyen una especie de sociedad secreta, cuyos designios jamás son comunicados a los gentiles. A los chinos se les supone complicados en vastas organizaciones clandestinas, y a los negros como poseedores de un misterioso telégrafo de los matorrales. "Todo esto no es más que la objetivación de un miedo irracional —escribe— y, como esta objetivación nos hace parecer cobardes, tendemos a convertirnos en unos militaristas

fanfarrones. Si Hitler hubiese sido un valiente, no hubiera sido un antisemita".

Los análisis que realiza de los distintos tipos de miedo (a) a la naturaleza externa; b) a los demás hombres, y c) a nuestros propios impulsos) son del mayor interés, y evidencian las dotes de observación que posee el autor, así como la sutileza para penetrar en el mecanismo psicológico que los explica. El mundo feliz sólo será posible, a su modo de ver, cuando los hombres nos podamos liberar de la tiranía de los viejos miedos. Spinoza nos enseñó a vivir los acontecimientos *sub specie quadam aeterni*, camino por el que el penoso presente se vuelve más soportable. "Un hombre libre —escribió— piensa en cualquier cosa menos en la muerte, y su sabiduría es una meditación, no de la muerte, sino de la vida". Pero para que esto sea posible, el hombre tendrá que superar su actual presente mediante un esfuerzo radical y firme, ya que en otra forma la muerte eterna lo sepultará en merecido olvido.

MANFREDO KEMPF MERCADO.

*Ernst Tugendhat*. ΤΙ ΚΑΤΑ ΤΙΝΟΣ, Eine Untersuchung zu Struktur und Ursprung aristotelischer Grundbegriffe. VERLAG KARL ALBER (Symposion, Philosophische Schriftenreihe) Freiburg i. Br., 1958

El presente libro es una tesis doctoral presentada a la Universidad de Friburgo (Alemania) en 1956 y constituye un importante aporte a la investigación aristotélica contemporánea. Se propone señalar lo original del planteo del problema del ser en Aristóteles con respecto a Platón y a los filósofos griegos anteriores. Para ello su punto de apoyo (si bien en cierto aspecto difiere de ella) es la interpretación heideggeriana del ser en los griegos como "presencia" (*Anwesenheit*: SER Y